

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón**  
**Milán, 20 de junio de 2018**

*Texto de referencia: J. Carrón, «Introducción» en Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?, supl. de Huellas-Litterae communionis, junio 2018, pp. 4-16.*

- *Along the Jordan river*
- *La notte che ho visto le stelle*

*Gloria*

*Veni Sancte Spiritus*

Buenas noches a todos los presentes y a los que estáis conectados por vídeo. Continuamos nuestro camino en busca de la familiaridad con Cristo a través de todas las circunstancias de la vida. Como hemos visto en los Ejercicios, esta familiaridad solo se alcanza a través de una historia que sucede dentro de las entrañas de la vida. Por eso, cada circunstancia que estamos llamados a atravesar forma parte del camino hacia este descubrimiento: es un paso hacia la familiaridad con Él. ¿Qué circunstancia te ha facilitado dar un paso en este camino?

*En la Escuela de comunidad leemos: «Entonces, la pregunta que inevitablemente se plantea es: ¿acaso son capaces todas estas actividades de cumplir nuestra vida? La señal de alarma es esa desazón que nos asalta por un “quehacer” que, en el fondo, no nos satisface. Pero esta insatisfacción que experimentamos cuando esperamos que el cumplimiento de nuestra vida venga de las cosas que hacemos –si conservamos un mínimo de pobreza de corazón–, puede convertirse en una ocasión, en la oportunidad de sentir dentro de nosotros la urgencia de volver al inicio, a ese entusiasmo por Cristo que nos había conquistado» (pp. 6-7). Juego en un equipo profesional de rugby. Hace un mes alcancé la meta que soñaba desde hacía tiempo. En efecto, ganamos la final del campeonato italiano más importante y nos coronamos campeones de Italia; además tuve la alegría de marcar un ensayo durante la final y así ser el “pichichi” de la Liga. Sin embargo, cuando escuché que pitaban el final, no sentí esa conmoción o esa alegría infinita que esperaba. Una vez acabada la celebración de la victoria en el campo, y tras saludar a los que habían venido a verme, me fui al vestuario, me duché y fui al coche a dejar la bolsa. En ese trayecto, mientras estaba solo, me asaltó una pregunta repentina pero punzante: «¿Y ahora?». Había alcanzado el sueño de cinco años, había incluso coronado la temporada marcando el ensayo definitivo, había allí muchísima gente por mí... Y sin embargo me tuve que rendir al hecho de que todo eso no me bastaba. Estaba casi escandalizado, me decía que eso no podía ser verdadero, que tendía que esforzarme por estar contento. Sin embargo, casi inmediatamente, intenté mirarme a fondo y me di cuenta de que mi reacción era fruto de que tengo una necesidad verdaderamente infinita. Por tanto, volví al origen de mí mismo, de mi yo, y me asomé de que la realidad, de manera totalmente inesperada, estuviese allí para preguntarme de nuevo: «Pero tú, ¿qué quieres en realidad?». Una medida completamente diferente de la mía entra y agrieta todos mis proyectos sobre la realidad (o impresiones, como los llamas tú) y repentinamente me percibo más libre y amado. La nostalgia que experimenté en ese momento fue el modo con el que Otro me decía: «Tú eres más que esto. ¿Te interesa descubrir el amor que he preparado para ti?». Esa nostalgia que me había asaltado al terminar el partido fue la ocasión para descubrir con qué criterio afrontar las decisiones que me esperan ahora para el futuro. En efecto, no es un análisis lúcido de toda la situación lo que me permitirá emprender el camino adecuado, sino que el único criterio que me hace libre ante la realidad es la necesidad de felicidad que tengo ahora. Tengo que estar infinitamente agradecido a esta compañía, porque sin el trabajo constante que se me propone aquí no habría sido capaz de mirarme a mí mismo de este modo.*

El día del gran éxito: «“¿Y ahora?”. Había alcanzado el sueño de cinco años, sin embargo todo esto no me bastaba». Por un instante, esto incluso te escandalizó, como si hubieses tenido que llenar tú esa añoranza esforzándote por estar contento. En cambio, lo que ha sucedido te ha permitido comprender la naturaleza de tu necesidad. No es tanto que reconozcamos la naturaleza de nuestra necesidad cuando las cosas no van bien, porque en ese caso podríamos pensar: «El día que las cosas vayan según mis sueños, ¡será increíble!». El problema empieza sobre todo cuando las cosas van estupendamente y, sin embargo – como has dicho –, no bastan, porque esto dice mucho más sobre nuestro ser, sobre el «misterio eterno de nuestro ser» del que hablaba Leopardi, que todas nuestras reflexiones. Tú lo sabías, habías leído ya que nada nos basta, pero descubrirlo dentro de uno, descubrirlo en la experiencia, es completamente distinto. Y es interesante que, en cuanto uno se da cuenta de ello, se sorprende siendo libre: «Se introduce una medida completamente distinta de la mía y de repente me siento más libre». En vez de escandalizarme, me hace ser libre. Y entonces uno experimenta nostalgia, la nostalgia por algo que ya ha saboreado: «Tú eres más que esto, ¿te interesa descubrir el amor que he preparado para ti?». La familiaridad con Cristo no es algo que venga a fastidiar la fiesta por la victoria, ¡es lo único que la salva verdaderamente! Porque si ya desde el primer impacto no te basta, ¿qué fiesta es esa? Habrías tenido que distraerte para celebrar la victoria. En cambio, lo que salva la fiesta es justamente este reconocimiento. Por ello, la familiaridad con Cristo que estamos tratando de adquirir no es para añadir a nuestra vida algo devoto, sino para no perdernos nada, ni siquiera la cosa más grande y espectacular que puede suceder en la vida. Pero a veces esta necesidad nos quema de tal manera que preferiríamos no advertirla. ¿Qué es lo que nos permite estar delante de esta exigencia profunda?

*Durante un largo período he vivido momentos en los que percibía a Cristo totalmente desconectado de mi vida. ¡Era todo lo contrario de familiaridad! Empecé a dejar de hacer Escuela de comunidad y a vivir por mi cuenta, porque me parecía que nada me «hablaba» ya. No era feliz, estaba muy enfadada y triste. No sé si os ha pasado alguna vez que miráis distintos pedazos de vuestra vida (la familia, el trabajo, las personas a vuestro alrededor) pensando que solo quedan en vuestras manos escombros. Mi trabajo no me ha ayudado nada en absoluto (estoy haciendo la especialidad en oncología), me atormentaba literalmente, también porque no puedes huir del drama último de ver cómo muere la gente dejando a sus seres queridos. Y esto ha abierto en mí heridas gigantes, pero todo ello no era más que una nebulosa de infelicidad que yo no quería. En un momento dado llegué a pensar: «Me gustaría no sentir, me gustaría no desear, me gustaría que se me quitase esta herida». Hasta que, después de un largo tiempo, esta perspectiva se dio la vuelta y empecé a pensar: «Está bien, tengo una herida gigante que he tratado de eliminar de todos los modos posibles (saliendo con mis compañeros, haciendo las cosas por mi cuenta, tratando de conformarme, de ajustar mi vida), pero esta herida existe y sigue existiendo, y por mucho que trato de suprimirla vuelve a surgir una y otra vez, es realmente indestructible, es un punto que late cada vez más fuerte». Y entonces me dije: «Es increíble, pienso que mi vida es un caos, un desastre, y en cambio tengo un corazón que sigue gritando, tengo un corazón vivo que, por mucho que mis compañeros salgan felices de una noche de juerga, yo no, porque el listón de mi deseo, por lo que he encontrado, es más alto, existe una discrepancia constante». Luego, después de meses de trabajo agotador, fui al Vía Crucis –al que, entre otras cosas, llegué a la última estación– y me sorprendió un acento, este según el cual Cristo se ha hecho carne. Aquella misma noche fui a cenar con algunas amigas de la Escuela de comunidad...*

¿Cuántas veces habías escuchado ese acento?

*Muchísimas veces, pero en ese momento lo comprendí de verdad.*

Es una historia. No tenemos que escandalizarnos. Es una historia lo que te devuelve en carne y hueso lo que ya sabes.

*Organizamos esa cena sobre la marcha, pero sucedió algo extraño: después de días en los que todo me pesaba, volví a casa y me di cuenta de que estaba contenta. Entonces pensé: «En este momento vuelvo a respirar, como cuando te quitas un peso del corazón». No podía explicármelo; había tenido cenas mucho más bonitas en mi vida, pero en ese momento estaba contenta, y en cambio en muchas otras cenas bonitas no. He*

*comprendido poco a poco por qué había en mí esta alegría que no me dejaba tranquila, y seguía pensando en ella. Comprendí que lo que me había sucedido había sido volver a descubrir que realmente Cristo es una carne que se encuentra en un lugar preciso y a través de rostros concretos. No es que me faltasen los rostros individuales, no es que me faltasen los amigos, pero vivía en mi vida el vacío de una presencia que, sin embargo, había encontrado. Y es el motivo por el cual decidí ir a los Ejercicios, porque en un momento dado me di cuenta de que necesitaba volver al lugar en el que había visto suceder esa presencia. Sin embargo esto pasó por un momento de lealtad conmigo misma que, en algunos momentos, llegó a ser dramático. Me dije: «Sé leal. Hasta hoy, en tu vida, ¿dónde has encontrado de verdad lo que buscas, lo que llena de verdad tu corazón? Solo en el encuentro con la realidad del movimiento». En los Ejercicios lo que más me impresionó fue la lección del sábado por la tarde, cuando leíste la carta de la chica india. Me descolocó completamente, porque sentí súper cercana a una chica que vive en el otro lado del mundo, a la que nunca conoceré y de la que no sé ni siquiera cómo se llama. Es como si me hubiese dado una bofetada para decirme: «Pero, ¿no recuerdas lo que has vivido en todos estos meses, hasta el punto de que has decidido venir aquí? ¿Qué es lo que necesitas?». Es increíble, esa chica me ha recordado por qué estoy aquí: también yo he encontrado miradas y, como ella, tengo una herida que he tratado de eliminar, pero este deseo mío de volver a ver esa presencia distinta vuelve una y otra vez, porque es algo que llevas dentro, que forma parte de ti y que está aquí. También en Rímini experimenté esta extraña alegría, que para mí es un regalo inmenso, y sobre todo volví a descubrirme libre. Por ejemplo, por la noche estaba cenando en el hotel con personas a las que conozco poquísimo y con las que no comparto nada, pero las percibía como un regalo para mí en ese momento; por la mañana me sentía como un pez fuera del agua y en cambio por la noche era libre, me descubría libre. Después de cenar quedé con algunos amigos muy queridos a los que veo muy poco (viven en otra ciudad), nos quedamos toda la noche junto a otros amigos de su comunidad, y también allí sentí una familiaridad increíble, y pensé: «Esto no es algo mío», y no es algo mío porque yo habitualmente siento una herida cuando pienso que a algunos amigos los veo ahora, pero que no sé cuándo volveré a verlos; tengo miedo de perderlos, y por eso habitualmente deseo estar con ellos y solo con ellos. Pero aquella noche eso ya no era un problema, la distancia ya no era un problema, y pensé: «El problema no es estar con estos rostros, ¡sino la familiaridad con toda esta gente!». Comprendía que con ellos estaba compartiendo algo más grande. ¿Y por qué no tenías miedo de perder esos rostros?*

*No tenía miedo de perderlos porque es como si, literalmente, viese que esos rostros y yo tenemos una gran raíz, una misma raíz que hace que no importe...*

*¡Ya no los pierdes!*

*Ya no los pierdo, exacto. Ya no los pierdo.*

*¿Comprendéis que, si uno no está delante de una Presencia, ya no quiere volver a sentir nada ni a desear? Es decir, sin familiaridad con una Presencia no conseguimos mirar adecuadamente nuestra humanidad, como hemos escuchado en el canto: «Sin Él no soy capaz de entender las cosas» (Along de Jordan river), no somos capaces de comprender las cosas más nuestras, el deseo que nos constituye, la sed que coincide con nosotros mismos, con el fondo de nuestra persona. En cambio, estar delante de una Presencia, como te ha sucedido, es el momento en el que nos damos cuenta de lo vivo que está nuestro corazón. No debemos perder nada de lo que nos contamos: tú te has preguntado por qué los demás se conforman, por qué salen por la noche y vuelven a casa felices. Has comprendido que esto no te basta, porque el listón de tu deseo es más alto. Amigos, ya no somos lo que éramos antes del encuentro, el encuentro nos ha desvelado más a nosotros mismos, hemos comprendido quiénes somos verdaderamente. Y no nos escandalizamos por los demás: de hecho, si no han tenido la posibilidad de descubrir hasta el fondo quiénes son, se conformarán con algo más pequeño, porque no saben que la vida puede alcanzar esa plenitud que nosotros hemos visto y tocado; es una plenitud que hace la vida todavía más dramática, como decía también nuestra amiga india, porque según caminas en la vida más cuenta te das de que nada se puede comparar con lo que has visto. Puedes pisotearlo, puedes distraerte, puedes tratar de arrinconarlo y de no pensar en ello, pero está, está presente y tu yo está plasmado por esto. El Señor nos espera. Y por eso ya no nos confundimos: «No es que me faltasen los rostros individuales, no es que me*

faltasen los amigos, pero vivía en mi vida el vacío de una presencia que, sin embargo, había encontrado». ¿Y dónde vas a buscar esa presencia? Allí donde la encontraste por primera vez: «Es el motivo por el que decidí ir a los Ejercicios». Es algo realmente decisivo, aquí uno entiende verdaderamente la diferencia del cristianismo: ¿por qué es necesario ir a un lugar preciso, con rostros precisos, por qué ir a Rímíni? Lo mismo debieron de preguntarse los discípulos: ¿por qué para entrar en relación con el Misterio, en lugar de ir a ver al rabino y escuchar una lección sobre el Antiguo Testamento, tienen que ir a pescar con Él? ¿Por qué ir a Cafarnaúm en vez de a Jerusalén? ¡Porque no decidimos nosotros dónde sucede! De este modo nos damos cuenta de la naturaleza de este rostro singular en última instancia, hasta el punto de que a uno le entra el deseo de volver a verlo, y se sorprende de que las personas con las que se encuentra en Rímíni sean amigas. Dice Giussani que si Cristo no entra en lo profundo del corazón, sentimos una extrañeza hacia los demás; solo con Él crece la familiaridad.

Pero a veces, a pesar de que vemos estas cosas, «nos asalta una pregunta insidiosa», como me escribe uno de vosotros. Ante un suceso especialmente desconcertante y muy doloroso, su hijo adolescente le plantea interrogantes a los cuales da una respuesta que nace de la fe: «Frente al mal, aunque sea grande y nos deje sin aliento, debemos levantar enseguida la mirada hacia Él, debemos mirarle, reafirmar sus palabras, sus promesas, y así podremos ver también el bien, como el amor que existen nuestra familia». Y escucha a su hijo responder: «Papá, ¿pero cómo estar seguro de que no es solo un consuelo nuestro, una distracción?». Entonces me pregunta: «Cuando era un chaval jugaba torneos de tenis y me enseñaron el entrenamiento autógeno [¿se lo habrán enseñado también a nuestro campeón?] para controlar el estrés de la competición: concentrarse sobre lo positivo, alejar rápidamente el error que has cometido, mirar hacia delante, concentrarse en el momento actual, no pensar nunca en la derrota, etc. La pregunta de mi hijo me ha descolocado, y a veces me pregunto: “¿Es así también ahora? Cuando voy a la Escuela de comunidad, cuando levanto la mirada a Cristo, ¿estoy haciendo entrenamiento autógeno?”». ¿Cómo respondemos a esta pregunta?

*A raíz de todo lo que nos decimos, estoy comprendiendo que es necesario estar delante de los hechos que suceden, porque comprendo muy bien el episodio del Evangelio en el que Felipe le dice a Jesús que le muestre al Padre, y Jesús afirma: «¿Hace tanto tiempo que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre».*

¿Lo veis? Ya nos hemos dado una respuesta: es necesario estar atentos a los hechos, porque los hechos demuestran que lo nuestro no es un entrenamiento autógeno.

*Hace falta que reconozcamos el origen de la diferencia de los hechos que nos contamos. Sin embargo, muchas veces vivo como un deber alcanzar esta familiaridad con Cristo, y es angustiioso, de hecho, me doy cuenta de que muchas veces me pasa que me pierdo lo mejor de lo que sucede, porque vivo con el problema de «tener que» reconocerlo. En cambio, me doy cuenta de que cuando Él sucede, la vida tiene un horizonte distinto y es casi espontáneo decir: «Tú» a Cristo. Puedo decir que, por la experiencia que he vivido en el movimiento en estos años, no he abrazado el cristianismo por un moralismo, sino porque he visto a personas a las que envidiaba porque eran felices. Entonces me pregunto: ¿cómo puedo librarme de esta dificultad debida a mi esfuerzo?*

Tú usas la palabra «espontáneo», como si la alternativa fuese entre el deber y la espontaneidad. ¿En qué consiste reconocer a Cristo? ¿Es un deber o es una espontaneidad? ¿Depende de un esfuerzo mío o es ante todo que Él viene a salvarme? Siempre corremos el riesgo de contraponer algo que recibimos a algo que tenemos que hacer nosotros. Pero para responder a esta pregunta, sería suficiente con mirar lo que tú has dicho: «Por la experiencia que he vivido en el movimiento en estos años, no he abrazado el cristianismo por un moralismo [tú mismo te has dado la respuesta: no es algo que debas alcanzar tú], sino porque he visto a personas que eran felices». ¡No se trata de un entrenamiento autógeno! No es esto lo que ha cambiado tu vida, sino los hechos que has visto, las personas felices que has conocido. Por desgracia, confundimos este reconocimiento con algo espontáneo, como si dijéramos: basta con ver a personas felices para llegar al origen de esa felicidad. Pero no es así. Como has dicho tú mismo citando el episodio de Felipe, los discípulos pueden

estar con Él y no captar quién es verdaderamente. «¿Hace tanto tiempo que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). Con otras palabras: pueden estar con Él y no llegar al Padre. Esto no es un deber, y tampoco es algo espontáneo. Es un reconocimiento, que no es auténtico si no llega hasta el origen, hasta el punto del que surge esa alegría. ¿Quién es este? «Felipe, ¿no te das cuenta de que quien me ve a mí, quien ve estos hechos, no debe esforzarse por llegar al Padre? Yo he bajado del cielo para traértelo. Pero hay algo que no puedo hacer en tu lugar: reconocerlo». Cristo pide tu colaboración, pide tu reconocimiento. Si, partiendo de lo que ves, no se pone en movimiento este proceso de reconocimiento a través de la razón, te quedas en el fondo suspendido entre algo que tendrías que alcanzar y algo que sería espontáneo alcanzar. ¡No! ¡No es un deber y no es algo espontáneo! Se trata de un reconocimiento que es fruto de la lealtad con lo que veo, hasta llegar a su origen. Y esto requiere que mi yo se implique con lo que sucede, para no perder lo mejor de lo que sucede, es decir, el origen. Como cuando uno recibe un ramo de flores –un ejemplo que hemos usado muchas veces–, y esto supone un desafío. Sí, es espontáneo ver el ramo de flores, pero llegar a aquel que lo ha mandado no lo es. Si los discípulos se quedan mirando a Jesús y no reconocen al Padre que se manifiesta en Él, entonces plantean la pregunta de Felipe, aunque convivan con Él. ¿Qué hechos facilitan el reconocimiento de que la fe en Cristo no es un consuelo o un entrenamiento autógeno?

*Doy clase en un instituto técnico y profesional. En mayo, cuando estábamos afrontando las últimas semanas de clase, participé en una asamblea de profesores que tenía como tema esta pregunta: «¿De qué modo ha sido tu trabajo una ocasión para verificación la fe?». Muy provocada, me di cuenta de que estaba llena de agradecimiento, y creo no haber vivido nunca un año de trabajo tan costoso y tan marcado por una gran impotencia. Pero tampoco me había pasado nunca que me resultasen tan queridas todas las cosas que sucedían, porque no ha habido un solo día inútil, porque continuamente he descubierto que hay Alguien que usa todo para educarme. Una de mis clases es muy difícil, son todo chicos, la mitad extranjeros y algunos que han sido expulsados de otros centros, y el trabajo en clase ha llegado a ser tan duro que algunos compañeros han considerado que era imposible. La queja y el malestar han dominado frecuentemente en los comentarios y los juicios, y me he visto muchas veces determinada también yo por un sentimiento de fracaso. Sin embargo, precisamente en los momentos más difíciles, y cada vez más a lo largo del año, se ha abierto en mí esta pregunta, como una hipótesis: «¿Y si, en vez de esperar algo de ellos, estos chavales y estos compañeros me hubieran sido dados porque soy yo la que tiene que descubrir algo y tiene que cambiar?». Partiendo de la conciencia de esta posibilidad, no hay día en que no se pueda volver a empezar. La herida por el sentimiento de impotencia y el deseo ardiente de que estos jóvenes puedan conocer algo grande se mantienen, pero la medida de mi proyecto ha saltado por los aires, porque lo que está en juego, lo que puede suceder es más grande que la idea con la que yo entro en clase, que es puntualmente desmontada. A veces, cuando salgo de su aula dominada por el malestar, pienso que ha sido un fracaso; pero cuando lo digo, hay un momento en el que me paro, porque tengo que admitir que no es verdad, que no es verdad que no haya sucedido nada. Ha habido un hecho en particular que me ha hecho compañía a lo largo de este año. Uno de los chavales más difíciles, un repetidor, uno de esos que marcan el clima en la clase, que arrastran a los demás, había montado muchos follones el año pasado. Pero este año ha mostrado casi una docilidad conmigo, se ha dado cuenta de algún modo de que me interesaba por él, y por eso me esperaba, esperaba que yo le mirase en clase y mostraba un deseo más grande, aunque con frecuencia este deseo quedara ahogado. Un día que me reuní con sus padres, me decían llorando: «Profesora, no sabemos ya qué hacer con él». De hecho, era posible que lo expulsaran de nuevo, pero esto no podía ser todo acerca de él. Entonces, junto a algunos consejos prácticos, me vi transmitiéndoles esta esperanza, justamente porque se puede apostar por su corazón: «No sabemos lo que sucederá en él en estos meses». Nunca habría podido imaginar que esos padres, que estaban descorazonados, se fiarían, aceptarían el desafío, hasta el punto de que, en un momento dado, hablaron con su hijo y le propusieron volver a empezar y apuntarle a un centro de apoyo al estudio por las tardes; y él aceptó (algo que yo no me esperaba). Me impresiona mucho mirar a ese chico, porque cuando voy hacia su*

*clase, la escena es esta: me espera en el pasillo, llego y él me dice: «¡Profe, mire! Este cuaderno con los esquemas. Estos son los deberes». ¡Antes nunca había hecho los deberes! Y descubro que muchos compañeros no se habían dado cuenta de este hecho, y cuando salió a la luz durante una reunión, la reacción general me descolocó, porque parecía que no valía nada, como si fuese una cosa demasiado pequeña...*

*Como si fuese fruto de un entrenamiento autógeno tuyo.*

*Sí, algo demasiado pequeña y frágil con respecto al fracaso general y al rendimiento escolar del chico. No eran capaces de ver. Entiendo que prevalezca la frustración si uno no es capaz de ver hechos como estos. Entonces, muy provocada, tuve que preguntarme qué había sucedido para mí. ¿Qué he visto yo? Un alumno que vuelve a empezar, que empieza a hacer algo grande porque es libre con respecto a una medida, que empieza a estimarse porque se ha sentido estimado. Un día le cuento todo esto a una amiga y ella me lee una frase del cartel de Pascua: «Desde el día en que Pedro y Juan corrieron al sepulcro vacío y Le vieron después resucitado y vivo en medio de ellos, todo puede cambiar. Desde entonces y para siempre un hombre puede cambiar, puede vivir, revivir». En realidad, me conmueve ver que este año Uno me está cambiando, y el signo de esto, el primer signo, es que me permite ver más. Hay Uno que te permite ver más.*

*Entonces, ¿qué ha hecho que crezca tu familiaridad con Cristo este año? ¿Un entrenamiento autógeno? ¿Un consuelo?*

*No, ver cosas que antes no veía.*

*¡Repite lo que acabas de decir!*

*Ha sido ver más.*

*«Más». «Ver más», ¡nada que ver con un entrenamiento autógeno! Los demás no nos creen, pero ni siquiera esforzándose con todas sus estrategias pedagógicas pueden imaginarse una medida distinta con la que mirar a un chico difícil, como la que has descrito. ¿Y si fuese esta, más que un entrenamiento autógeno, la verdadera modalidad para mirar la realidad? Cuando tú miras la realidad viendo ese algo más que hay en ella, incluso el chaval que parece bloqueado, que parece que hay que descartar, incluso los padres que no saben qué hacer, empiezan a mirar de forma distinta. ¡Nada más lejos de un entrenamiento autógeno! Pero es necesario que exista algo presente. A través de la realidad –no al lado, no después, sino dentro de ella– nosotros conocemos a Cristo y crece la familiaridad con Él en nosotros, no dándole vueltas a la cabeza, no tratando de autoconvencernos sobre Él; es Cristo quien nos descoloca constantemente, permitiéndonos ver una diferencia, una novedad que entra en la historia y que rompe toda medida, hasta en las cosas más sencillas.*

*Los viernes por la mañana, junto a otros amigos del Banco de Solidaridad, preparo las cajas y luego hago el recorrido para entregarlas, estoy un par de horas en casa de algunas familias con problemas. Paradójicamente, estas dificultades tuyas suponen para mí una gran ayuda, sobre todo para estar despierto ante las preguntas últimas, esas que un amigo mío que no es del movimiento pero que lo sabe todo sobre Giussani, llama «preguntas por el sentido». El padre de una de estas familias, que está en paro al igual que su mujer, y que tiene dos hijos, me dijo el viernes que quería hacer lo posible por devolver algo de lo que hacía por él, dándome algo por la caja que le llevo. Me dio una mochila de su hijo –una mochila escolar que había arreglado porque estaban poco rota–, para que se la diera a algún niño que la necesitara. Yo no pude evitar conmoverme. Se dio cuenta de ello y me abrazó sin decir nada. En ese momento me di cuenta de que mi corazón y el suyo habían sido tocados por algo verdadero, es más, mi corazón empezó a funcionar nuevamente, a hacer lo que tenía que hacer, y desde ese punto pude empezar con él una relación. Partiendo de este hecho, pensaba sobre nuestros gobernantes –eran los primeros días del nuevo gobierno italiano–; lo que más miedo me da no es un gobierno «populista», sino que el pueblo ya no existe, es solo gente que responde con el estómago y no con el corazón, que ya no es capaz de solidaridad, de amistad y de compartir nada. Yo vivo en un pequeño pueblo y esto se ve perfectamente. Pero después entregas las cajas y te encuentras y palpas la esperanza, es decir, que es posible mirar al otro y ser amigo suyo. Es necesario que el corazón resista, que exista, y es necesario que nos hagamos compañía en esto: es lo que les pido a mis*

*amigos. No cambiaremos el mundo, pero cambiaremos nosotros, y tampoco cambiaremos la vida de estas personas, pero cambiaremos nosotros. Y entonces cambiará el mundo.*

Podemos ver que lo que estamos diciendo no vale solo a nivel personal, sino que es algo que empieza a cambiar la realidad, porque empieza a introducir un modo más verdadero de mirar al estudiante y a sus padres, de mirar al pobre al que se lleva la caja. Y sin embargo, a veces, nos dejamos vencer por la desmoralización, a pesar de todo lo que vemos. ¿Qué nos saca de ella?

*El otro día me metieron en un grupo de WhatsApp para organizar la fiesta de la hija de unos amigos nuestros. Se proponía hacer la fiesta el viernes siguiente, la misma tarde en la que nuestro obispo nos había invitado a todos los movimientos de la diócesis para celebrar la misa en Sotto il Monte, por la llegada de la urna con el cuerpo del santo papa Juan XXIII. Escribí en el grupo: «El viernes por la tarde es la misa, pero yo no iré porque mi hija pequeña, que tiene un año, no se queda quieta ni un instante, y por ello nosotros iremos a la fiesta». En ese momento, una amiga escribió: «Pero amigos, es demasiado importante, es el Papa quien nos está llamando. Hacer una fiesta al mismo tiempo sería quedarnos fuera». Yo me quedé de piedra, porque lo que acababa de decir esa amiga era mucho más bonito y más verdadero que lo que yo acababa de escribir. En esos días estaba releendo la Introducción de los Ejercicios, y al pensarlo entendí: la desmoralización, que, sinceramente, pensaba que era algo de «viejos», me estaba afectando a mí, que estaba dedicada a organizar mi pequeña realidad y mis cosas sin dar la posibilidad de que el imprevisto pudiera abrir mi mirada. Jesús me estaba llamando personalmente: «¿Me amas más que tus proyectos? ¿Estás dispuesta a hacerme espacio en medio de tu frenesí organizativo?». Aquella tarde mi hija estaba bien, entonces mi marido y yo fuimos a la misa. Por la calle casi corría con la sillita, por el deseo de no llegar tarde, y mi marido me decía: «Pero, ¿por qué corres así?». Le dije: «Estoy nerviosa y demasiado contenta por estar aquí esta tarde, nos está llamando Jesús a través del Papa, ¿entiendes? ¡No podemos llegar tarde!». En la misa y delante de los restos de Juan XXIII rezamos por todas las familias y para que nuestro corazón siga estando siempre abierto y herido por el buen Dios.*

Puede ser algo tan sencillo, algo por lo que uno se siente llamado, la ocasión que me permite darme cuenta de cuánto he perdido esa tensión ante lo imprevisto, ante la modalidad con la que el Misterio me llama. Este es uno de los muchos imprevistos que suceden cada día. ¿Quién habría dicho que sería la ocasión para sacarte de la desmoralización? No decidimos nosotros cuál es esa modalidad absolutamente imprevisible a través de la cual nos llama el Misterio. Por eso pongo el ejemplo de los discípulos: ¿quién se habría imaginado alguna vez esa invitación a ir de pesca con Él? Porque, amiga, uno podría objetarte: «¿Por qué ir a la misa en lugar de la fiesta? Tenías todas las razones para no ir». Como los discípulos: el hecho de que la relación con el Misterio pase por ir en la barca con Uno nos deja a todos de piedra. En cambio, sin esta disponibilidad para secundar el imprevisto, nos quedamos bloqueados, desmoralizados en nuestro pequeño mundo y después nos ahogamos. Pero a veces suceden cosas que nos descolocan tanto que vuelven a abrir nuestra herida.

*Hace algunos días unas amigas y yo volvíamos en coche de unas vacaciones de estudio con los alumnos que se preparaban para la prueba de acceso la universidad. Acabamos de terminar de contar lo que habíamos descubierto sobre el Sesenta y ocho, sobre nosotros y sobre el estudio trabajando la exposición que habrá este año en el Meeting. Había sido un momento muy útil y bonito para todos. Entramos en coche con mucha serenidad. Conducía yo, y en un momento dado me entró un gran calor porque me había puesto un jersey. Entonces me paré un momento a un lado para quitármela. Retomamos la marcha y algunas curvas después nos encontramos con un accidente que se acababa de producir en dos coches, y éramos los primeros en llegar. El accidente había sido gravísimo: un choque frontal entre el coche de una familia y otro conducido por un hombre. Bajamos del coche inmediatamente para llamar a los servicios de urgencias y para ver lo que estaba pasando. Delante de algo así surgía de forma urgente una pregunta: «¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Quién me quiere aquí?». Basta con un choque un poco demasiado fuerte y nos rompemos, mañana dejamos de existir. Podíamos haber sido nosotros los del coche accidentado, habría sido suficiente con no pararme*

*para quitarme el jersey. El chaval que estaba en uno de los dos coches volvía de la fiesta de final de curso de su clase, en cambio yo estoy aquí todavía completamente sano. ¿Qué es lo que hace pleno este «aquí» y este «ahora»? Los contestatarios de los años 60 decían: «Hasta que no seamos libres...». Pero ¿qué es lo que me hace libre aquí y ahora? ¿Qué es lo que cumple mi vida aquí y ahora? Si no respondo en los hechos a cada minuto, si no respondo carnalmente a esta pregunta, si el Tú es solo la conclusión ordenada de un razonamiento y no una presencia que rompe el tiempo, construyo toda mi vida, que pende de un hilo, sobre la nada. Me ha asombrado además una cosa: entre los gritos y las blasfemias (incluso los sanitarios blasfemaban como locos), desde que llevamos al chaval herido a sentarse en un lugar que estuviese lejos de su madre, empecé a rezar a la Virgen sin descanso. ¿Por qué nos hemos topado con esas personas? ¿Por qué justamente nosotros y no otros? Probablemente en ese momento –quién sabe– éramos los únicos que teníamos un pensamiento dirigido a Cristo. Tuve la misma experiencia del niño del que hablabas en Un salto de autoconciencia: el niño no puede dejar de mirar a su padre ante un accidente, ante el dolor. Fue exactamente lo mismo del enamorado en la fiesta, aunque esto no era exactamente una fiesta. Delante de algo así todos los silogismos habituales con los que se pega el Tú al final de un razonamiento, desaparecen. A la mañana siguiente me levanté un poco más tarde de lo habitual, porque volvimos a las tres de la noche, pero no conseguí dormirme antes de las cuatro. Sinceramente, no tenía muchas ganas de levantarme. Pero un solo pensamiento fue suficiente para quitarme las sábanas de encima: «¡Hoy hay diaconía!». Tenía una exigencia fortísima de un lugar, no de una explicación abstracta sobre el dolor, que Cristo no se ahorró. Tengo una necesidad enorme de esta carnalidad, de esta familiaridad. Si pienso en cómo tratamos a menudo la diaconía, como un lugar en el que estar sentados bien cómodos, me entran escalofríos. Nos jugamos literalmente la vida y la muerte en cada instante. El otro día no veía la hora de estar allí, aunque estuviera cansado, triste y distraído por mis pensamientos. Pero lo que más me conmueve es que yo tengo una relación, un lugar en el que pensar cuando la vida apremia tanto. Se abre en mí una pregunta: «¿Qué quieres tú, Señor, de mí, que soy tan frágil?». Se abre el deseo de que Cristo tome cada centímetro de mi corazón, de que yo me deje llenar tanto que pueda verme cumplido ahora. También me he dado cuenta de que incluso ante un hecho tan urgente podemos quedarnos en la impresión, podemos quedarnos en el hecho de que has visto algo que literalmente te ha impresionado, y esto puede ocupar todos tus pensamientos. Nos quedamos en la impresión si alguien no nos provoca para levantar la mirada, si no nos entrenamos para hacerlo, es decir, para darnos cuenta de lo que ha sucedido realmente ahí, en ese momento, para darnos cuenta de que los hechos se nos dan para nuestra conversión. Solo así podremos superar la impresión.*

Podemos quedarnos en la impresión frente a un episodio tan potente como este. Nos lo decía Giussani en el texto que citamos la última vez: «Estemos atentos [amigos], porque la presencia de Jesús entre nosotros puede ser el origen de todo un mundo de humanidad [que nos hace sentirnos bien, como decías], lleno de gozo y de amistad, de razones formalmente indiscutibles y de una ayuda formal y materialmente concreta [...], y sin embargo, Jesús podría quedar reducido al “retrato de una hermosa mujer esculpida en el monumento sepulcral de la misma”». Es decir, podríamos permanecer apegados a algo frío, a algo que no tiene incidencia alguna sobre la vida. En cambio, cuanto más apremia la vida (como decía nuestro campeón, en clase o ante un grave accidente) más te das cuenta de que la vida pende de un hilo. Si uno no llega a la familiaridad con Cristo, ¿qué es la vida? Por ello, cuanto más desea uno, cuanto más sería llega a ser la vida, tanto más percibe la urgencia de esta familiaridad, y no de una familiaridad cualquiera, sino de una familiaridad que esté a la altura del drama humano. «“¿Qué desea más ardientemente el hombre que la verdad?” ¿Qué es la verdad? Un hombre que está presente, un hombre presente [¡decía Giussani, atención!]: ¡no se le puede dilapidar o permitir que se desdibuje detrás de la presencia hermosa y alegre de la compañía de unos rostros que deberían insinuarse como signo de Él!». Lo hemos visto esta noche: podemos ver junto a nosotros rostros, pero cuando la vida apremia necesitamos algo más, advertimos enseguida la urgencia de levantar la mirada hacia algo distinto. Porque si no existe este rostro en última instancia singular –Cristo–, todo se acaba en un instante. Y «no se trata de amortiguar el peso de nuestra amistad, de difuminar la eficacia llena de ojos, de labios y de rostros, de palabras, de canto, de corazón, que tiene una bella compañía como esta, sino que se trata de vivir una especie



de tensión exasperada [...] por gritar tu nombre, Cristo: “Gracias porque te has hecho ver y te has sentado aquí”» (L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 169-171).

Como veis, la urgencia de esta familiaridad nace de las entrañas de la vida, a partir de los desafíos que debemos afrontar constantemente. Por eso deseo que este verano sea para vosotros, para nosotros, la ocasión de crecer en esta familiaridad a través de todas las circunstancias que tengamos que afrontar: que crezca en cada uno de nosotros la exasperada tensión por gritar tu nombre, Cristo.

El trabajo de Escuela de comunidad continuará durante el verano sobre el texto de los Ejercicios de la Fraternidad:

- desde ahora hasta finales de julio retomaremos la primera lección (páginas 18 a 35) y las preguntas y respuestas correspondientes de la asamblea (páginas 64 a 69 y 71 a 75) y las de los Ejercicios en España (páginas 79 a 84);
- en los meses de agosto y septiembre retomaremos la segunda lección (páginas 41 a 62) y las preguntas correspondientes de la asamblea (páginas 69 a 71 y 76-77).

Las partes de la Asamblea que retoman la Introducción se hallan en las páginas 77 a 79 y 84 a 87.

Ayer se publicó el libro de don Giussani *La convenienza umana della fede*, el segundo volumen de la serie BUR «Cristianesimo alla prova», que reúne los Ejercicios de la Fraternidad de 1985 a 1987. «¿Creéis vosotros que el mundo necesita algo distinto del testimonio, de la luz o del calor de esa intensidad absolutamente inconcebible de vida, de esa redención de la nada, de la mezquindad, de la contradicción, de la muerte? Cristo es Dios porque ha vencido a la muerte» (pp. 88-89). Nosotros deseamos incrementar esta familiaridad para poder mirar a la cara incluso la muerte sin que nos asuste. Por eso tenemos un nuevo instrumento que podemos leer durante el verano para seguir caminando en busca de esta familiaridad.

Vacaciones comunitarias. El tema que proponemos para las vacaciones está ligado a lo que nos estamos diciendo: ¿qué puede facilitar en nosotros la familiaridad con Cristo? Mirar los hechos. Por eso el tema es: «*Por estos hechos sabréis que yo soy el Señor*»; está tomado de la primera lección de los Ejercicios de la Fraternidad y quiere ser una sugerencia de método para vivir las vacaciones, mirando los hechos que suceden como ocasión que nos ayuda a conocer al Señor, para responder a la tentación de pensar que todo se reduce a un entrenamiento autógeno, a un consuelo barato; en cambio, es algo real, histórico. Si no afrontamos juntos todas estas cosas no podremos vencer el dualismo de ninguna otra forma.

El Meeting de Rímimi tendrá lugar del domingo 19 al sábado 25 de agosto. El título es: *Las fuerzas que mueven la historia son las mismas que hacen feliz al hombre*. El Meeting es un raro espacio de diálogo, convivencia y encuentro entre las personas y las realidades más diversas, pero es nuestra participación lo que construye el Meeting, más que cualquier debate o exposición. Por ello, no debemos dejar escapar la ocasión de participar en él, de crearlo con nuestra presencia, implicándonos en primera persona, invitando a todos nuestros amigos y a nuestras comunidades a vivirlo como protagonistas. Os desafío a verificar si, yendo por lo menos un día, no cambia algo en nuestra vida. Además, os pido que os toméis en serio la petición en la que está insistiendo este año el Meeting de voluntarios adultos.

La Jornada de apertura de curso tendrá lugar el sábado 29 septiembre en Milán y en otras muchas ciudades de Lombardía y de Italia conectadas por vídeo. Después de haber recogido de todas las vacaciones y de la Asamblea Internacional las provocaciones y las preguntas de quienes quieren hacer un camino, os las propondremos a todos para ayudarnos al comienzo de este nuevo curso.

*Veni Sancte Spiritus*

¡Buenas vacaciones a todos!